

SUBSCRIPCIONES El pago adelantado

Madrid, mos. UNA PESETA.—Provincias, tri- mestre, CINCO.— Antillas españolas y naciones...

25 ejemplares 75 céntimos

EL Liberal

ADMINISTRADOR D. Fernando Franco

Se suscribe en la Administración, ALMUDE- NA, 2, y en la tienda papelería HIGH-LIFE, Sevi- lla, 14.—Los anuncios se reciben en la Administra- ción, de 10 de la mañana á 5 de la tarde, y en la Imprenta, de 10 á 12 de la noche.

Número suelto 5 céntimos

El Liberal

ES EL PERIÓDICO DE MAYOR CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

29 de Septiembre

Commemorando esta fecha inolvidable y gloriosísima con la gratitud y el entusiasmo como siempre la solemnizarán la libertad y la democracia, se ha dicho algunas veces, y era entonces necesario decirlo, que vencida la revolución de 1868 y negada por algunos de sus falsos apóstoles, informaba nuestras leyes, vivía en nuestras costumbres y alimentaba las esperanzas de un porvenir verdaderamente venturoso.

Era en los días en que la restauración victoriosa, ciega de orgullo por el triunfo, creía vencerlo y dominarlo todo. Los que durante largo tiempo habían elevado el edificio de su propia grandeza sobre las ruinas de la dignidad humana; los que explotando la revolución cuando era poderosa y fuerte, la negaron y escarnecieron creyéndola perdida y muerta, todavía se atrevían, haciendo de la necesidad virtud, á hablar de perdón y de generosidad y de olvido.

Por esto decía el Sr. Cánovas del Castillo, en los tiempos en que creía lícito inventar constituciones internas y dividir en legales é ilegales los partidos: «Yo tengo la conciencia de poder levantar la frente ante mis conciudadanos para decir que he verificado aquí una restauración como no se ha conocido ninguna, y esta restauración, con mi política, en lo que mi política ha ejecutado con relación á ella, ha sido todo amplitud y todo generosidad.»

¿Acaso podía ser de otro modo? La restauración de los Suardos tuvo que aceptar resignadas las conquistas más esenciales de la revolución, y la restauración francesa debió el principio que le dió fuerza primero y la alentó después á haberse presentado ante Europa como una garantía de paz y de reposo. Guizot lo decía: «La tendencia á la paz, el respeto á todos los derechos adquiridos, la adopción de los grandes principios de la revolución, fué lo que constituyó el genio tutelar de la restauración.» Así debía suceder. Es ley histórica que las restauraciones no puedan responder jamás á la violencia ni repudiar la obra del tiempo y las adquisiciones de la libertad.

Dieciocho años han pasado desde que la restauración se hizo y el Sr. Cánovas, que perdonaba entonces, job, alma general la vida á la revolución, la sirve hoy, y lo que es más que servir, se resigna á admitirla.

El Sr. Cánovas es, en este sentido, más revolucionario hoy que cuando daba consejos á D. Amadeo de Saboya.

No es un ministro que perdona, sino un ministro que merece ser perdonado. Enemigo del Jurado, del sufragio universal, de todas las reformas democráticas, necesita decir que las aplica lealmente para continuar en el Gobierno.

¿Qué grandes las ideas de la revolución de 1868? ¿Qué pequeños los hombres de la restauración de 1874?

El tiempo de Cánovas pasó ya. No ha venido á continuar la Historia de España, sino á interrumpirla.

Cánovas, que se atrevió un día á perdonar á la revolución, vive hoy pidiendo á la revolución que le perdone. Sagasta no puede recordarla sin condenar las ingratiitudes que se han cometido con ella.

Se comprende—ha dicho—el arrepentimiento de la Magdalena alejándose de todo lo que fué motivo de pecado; alejando de sí toda la ocasión de pecar, y entregarse á la soledad, al ascetismo, á la penitencia; pero crecer y vivir á la sombra de la revolución, adquirir en ella importancia, honores, grados y condecoraciones, mercedes y títulos, y luego renegar de la revolución, siquiera conservando los favores, títulos, mercedes y honores y una importancia que, en otro caso, nunca se hubiera llegado á adquirir, para colocarse en posición de arrepentirse otra vez ¡ah! eso no es arrepentirse, eso es ingratitude, precursora infalible de deslealtad.

Pues bien. Los olvidadizos, los arrepentidos, los ingratos de siempre, no se atreven á negar ya que la revolución vive, y alienta, y se impone á todo; no se atreven á negar que su espíritu inspira todas nuestras leyes, y que pronto tendremos el catálogo íntegro de todas sus conquistas, pero dicen: ¿De qué nos sirven las instituciones democráticas á tanta costa conseguidas? ¿Qué beneficios ha experimentado el país con ellas? La frase de Posada Herrera, ¡qué pedazo de pan le dáis al pueblo cuando le concedéis un derecho? se repite ahora en otros términos: ¿Qué bienes nos vienen con el Jurado y con el sufragio universal?

La libertad de reunión y asociación, la libertad de imprenta, la libertad de conciencia, el Jurado, el sufragio universal... Esa es la obra de la revolución de 1868, obra perdurable, obra indestructible, que aun dentro de una atmósfera de ficción, de indiferentismo, de desconfianza, de inmoralidad y de abandono, ejerce por modo harto visible su saludable y redentor influjo. No tienen esas instituciones el desarrollo que exigen para ser verdaderamente fecundas; no se aplican con el respeto y el cariño que merecen; y demagogado se ve que los gobiernos de la monarquía ponen más empeño en des-acreditarlas que en ennoblecirlas; pero aun así, á ellas se debe la paz, que permitirá al país pensar en lo que conviene á sus intereses materiales, tan necesitados de atención y de desarrollo.

Si ensayadas las instituciones democráticas por los que las combatieron al

ser discutidas, por los que las aborrecen hoy, siquiera se postren humildes ante ellas, nos dan tan dichosos resultados, qué no sería, aceptadas con entusiasmo y fe, por los que de veras las aman?

La prueba de que la revolución de 1868 ha triunfado definitivamente, es que la Constitución de 1869 rige hoy en su esencia, sin que haya sido precisa otra batalla de Alcolea.

La prueba de la paz que han dado al país el Jurado, la libertad de reunión y asociación, y el sufragio universal, está en lo que hoy preocupa é interesa la cuestión económica.

No se ha resuelto todavía ni vamos desgraciadamente por el camino de resolverla.

¿Pero no dice nada que los conservadores, y los fusionistas, y los republicanos, no habien de otra cosa?

La revolución ha triunfado en las leyes, como hace veinticuatro años triunfó en el campo de batalla. Al saludarla hoy con ferviente entusiasmo, no podemos menos de recordar esta frase de un ilustre estadista: «Hasta ahora podíamos querer á la libertad como amantes y hacer por conquistarla todo género de calaveradas. Hoy debemos quererla y servirla, como se quiere á la esposa amantísima que ha de ser dulce compañera de nuestra vida y santa madre de nuestros hijos.»

Drama de familia

(Por telégrafo)

Paris 28 (6-10 t.).

Hoy se ha entregado á la familia de Luna el cuerpo de su suegra, que estuvo en la Morgue, pero no expuesto al público, como se ha dicho, sino en sala aparte y reservada.

Se ha depositado en la iglesia de Nuestra Señora. Mañana, á las doce y media, se celebrarán los funerales.

La esposa de Luna mejora visiblemente. Reconocida hoy de nuevo por los médicos, esperan operarla con éxito satisfactorio.

A consecuencia de tener la bala incrustada en el lado izquierdo de la cabeza y por efecto de un fenómeno reflejo, encuéntrase la herida parálitica del lado derecho.

No puede hablar, pero conoce á sus hermanos y se entiende con ellos por medio de señas.

Se desmiente que Mr. Dussaq le regalara alhajas. Eran de su madre, de su virtuosa madre, á quien lloran todos, incluso su matador.

Personas dignas de crédito me aseguran que el abogado Sr. Regidor fué llamado por telégrafo cuando aún ignoraba el el asunto del adulterio.

Se presentó como amigo de la familia y amigable componedor, más que como abogado, en demanda de un divorcio que, por otra parte, se imponía urgentemente, porque el matrimonio era un infierno.

Me consta que se pedirán hoy rectificaciones de especies inexactas, acogidas con gran ligereza por la prensa parisién.

Mr. Charles Fromentin juzga injustamente á Luna como artista, diciendo que vale muy poco y que terminó la carrera artística el día en que se casó, convirtiéndose en un hombre taciturno, misántropo.

Mr. Aviade, otro articulista parisién, dice que la popularidad de Luna en Francia no se debe al pincel, sino al revolver.

Personas que tratan íntimamente al ilustre pintor, me aseguran que el acto de Luna, aparte de ser una legítima venganza, responde á su carácter de siempre, sombrío, replegado en sus cuartos, carácter que se atribuye al medio ambiente en que ha vivido.—Luis.

Estadística triste

He aquí los datos que ayer publica la Gaceta:

Table with 2 columns: Importación (Agosto de 1890-1892) and Exportación (Agosto de 1890-1892)

Table with 2 columns: Recaudación de Aduanas (Agosto de 1890-1892)

En el conjunto de los ocho meses del año natural, desde Enero hasta fin de Agosto, los resultados de la comparación son igualmente tristes. La exportación ha descendido á 477 millones de pesetas, diez millones menos que el año pasado. La importación á 549 millones, seis menos que en 1891.

¡Buena política económica la política económica del partido conservador!

Crónicas Momentáneas

El capitán Andrews.—Otro que le deja tamaño.—Calabazas, concejales, vinjes y cartetes.—No me toquen ustedes al alcalde!

¿Pues no están las gentes pasmadas y asombradas con la hazaña del capitán Andrews, figurándose que es el colmo del esfuerzo humano?

No, no es moco de Bosch.—digo, de pavo—venir en un bote, ó si se quiere, en un cascarón de nuez.

desde los Estados Unidos hasta Huelva, bregando durante sesenta y ocho días con las olas, el viento y la soledad.

Y el que le gana á él, como ganaría también á los mismísimos argonautas, es el alcalde de Madrid.

Ahí le tienen ustedes navegando, no contra viento y marea, sino contra las más deshechas borrascas, las trombas más temibles, los más ríscos cordanazos de San Francisco, las galernas más imprevistas, y los baguios más violentos.

Once meses lleva de navegación nuestro legítimo, verdadero é incomparable capitán Andrews, sin otro mástil en su frágil barquilla que el bastón de real orden, ni otra vela... que la que el ministro de Ultramar lleva en este entierro.

Barcelo por la mar—como decían nuestros abuelos—no valia un ochavo moruno al lado de ese Vasco municipal, que si encontrara en su camino, estorbándole el paso,

el dió delle tempeste, el fiero Adamastor,

sabría amansarse con un buen puesto en Consumos, ó cualquier otra friolera por el estilo.

Y solo, siempre solo, más solo que el capitán Andrews!

Dirá el Sr. Bosch, modesto de suyo, que vá en buena compañía; porque le rodean carinosos y adictos concejales... ¡Bah! Estos concejales, que personalmente son unos caballeros, y concejalmente también, no tienen más importancia para el Sr. Bosch que el orden náutico que le sirve para seguir flotando; noble papel, que también desempeñan con plausible eficacia las calabazas que suelen atarse á la cintura muchos nadadores.

Y, sin embargo, todavía hay periódicos desapiadados y zumbones que toman de capa á los beneméritos representantes del vecindario...

Uno de estos periódicos es El Día, que refiriéndose á las dudas expuestas por otros diarios acerca de si el viaje á Huelva que van á hacer cinco concejales se hará por cuenta de los viajeros ó por cuenta del vecindario, se permite las siguientes picardiguélas:

«...No comprendemos la duda. Claro está que por cuenta del vecindario. Bueno estaría que sufrieran las molestias de tan penoso viaje, y sufragaran los gastos.»

Y además, que con eso de economizar tanto, será lo único que los ediles saquen de los festajeros.

¿Ven ustedes? No se puede hacer caso de la picara prensa.

Se les cortó el revésino á nuestros rumbos y dispendiosos concejales, con el asiático Bosch á la cabeza (si es que hay cabeza en el Ayuntamiento); y ahora, después de haberse achicado aquellos grandiosos administradores del común, se permite la prensa chanzonetas y burles, suponiéndoles imitadores ó discípulos del Caballero de la Tenaza.

Más le valiera á la prensa dar respuestas cumplidas á estas preguntas, harto más interesantes que aquella otra cuestión:

—¿Vá el Sr. Cánovas á Huelva con su perro? ¿Vá con sus tílts?

Pues no, señor; no hay perro que valga, ni micos que nos interesen... ¡Tíjretas han de ser, ó lo que es lo mismo, concejales!

Muy de moda se necesita estar para eclipsar al mismísimo perro y á los mismísimos tílts de Cánovas.

Lo oportuno, por consiguiente, sería que ni los referidos concejales se costearan el viaje á Huelva de su bolsillo particular, ni se lo pagaran tampoco las arcas municipales.

Las simpatías son las simpatías, y la moda es la moda... Propongo que se les coatee el viaje por suscripción pública.

Para mejor y mayor éxito, no habría más que decir á las gentes:

«Se advierte al respetable público que al frente de los concejales se marcha también el señor alcalde, y que esta es la del humo.»

¡Al enemigo que huye, puente de plata!

—Pero ¿queda plata en Madrid?—preguntará el lector escéptico.

Alguna debe de quedar, cuando resulta ahora que los programas y cartetes de la casa de Astrarrens—como los ha llamado el festivo Felipe Pérez—se venden por ahí como pan bendito.

Y volviendo El Día á meterse en lo que no le importa, pregunta descaradamente:

«...Pero vamos á ver, señor alcalde. ¿A quién ha regalado V. E. los cartetes? ¿Entre qué gente anda V. E., que vende lo que recibe de regalo?»

«Para eso más hubiera valido que el Municipio los hubiese vendido por su cuenta, y en vez de ir el producto á manos limpias, habria ingresado en las arcas municipales.»

Ya que no se ha hecho así, me permito oinar (para que vean ustedes lo que son las cosas) que agotada ya la cantidad de cartetes y programas encargada por el Ayuntamiento de Madrid al Sr. Portabella, debe quedar intacta para éste la propiedad artística de su obra, y dárjale que tire y ponga á la venta cuantos ejemplares le venga en gana de sus programas y cartetes.

¿Quién irá perdiendo con eso? Nadie; á no ser los que ahora explotan los cartetes y programas regalados.

En cambio saldrán ganando: 1.º Las personas de buen gusto que

quieren poseer copias del ostentoso cartel;

2.º El artista que lo inventó; y 3.º El Ayuntamiento que lo encargó. Si, señores; ¡el Ayuntamiento! Porque así se evitan ciertas murmuraciones, y ciertas indirectas, y...

Y puesto que hablo de cartetes, ¿cómo dejar en el olvido al Chéret madrileño, al castizo, original y fecondo Daniel Perra.

Su proyecto de cartel, trazado de prisa y corriendo, á medio hacer y sin terminar, le vakó honorífico puesto en el concurso del Ayuntamiento de Madrid, cuyas condiciones, mejor cumplidas por la casa Portabella, de Zaragoza, valieron á ésta la preferencia y el laurel apetecido.

Con este motivo, ó por mejor decir, pretexto, han exclamado los enemigos implacables de Bosch (ya vé Bosch que yo no soy como el tío Pedro de Trapasondas por bondad):

«Pero ¿no hay en la villa y corte, en todo un Madrid, quien dibuje cartetes, y quien los estampe en colores, y quien los pegue en las esquinas?»

Yo entiendo—estilo Bosch—que la respuesta deben darla los mismos comerciantes é industriales de Madrid. Puesto que ellos organizan también sus correspondientes festejos, con independencia de los municipales, bien pueden anunciarlos asimismo... por donde al alcalde.

Y no digo más, porque no quiero que se me calumnien como se calunian á Bosch.

Desventurado Bosch! De la cabeza de turco, la víctima precipitatoria, la Higinia Balaguer—como ingeniosamente dijo él mismo—de la presente temporada, sobre quien caen todas las culpas, iras y diatribas...

Pero él trensa que trensa, como Manolito Gázquez.

Solamente por eso hay que admirarle, y hay que quererle, y hay que protestar en voz alta contra respesques como ésta que encuentro en El Heraldio de Madrid:

«Es probable que un periódico conservador de gran respetabilidad, convencido de que el pueblo de Madrid tiene un Municipio y un alcalde que no se los merece, publique muy pronto un artículo pidiendo la destitución del Ayuntamiento de Madrid.»

«¿Cuente con nuestro voto.» Pues con el mío, no.

Si nos dejan sin Bosch y sin sus vice-Fustegueras, ¿de qué vamos á escribir? MARIANO DE CÁVIA.

Suceso desgraciadísimo

(Por telégrafo)

Seis muertos y dieciséis heridos

Ciudad Real 28 (10-5 n.).

Hoy ha ocurrido un suceso desgraciadísimo en el término de esta provincia. Por la carretera de Tomelloso iban dos carros ocupados por obreros agrícolas vendimadores.

Una gran tormenta los sorprendió en el camino; espantáronse las mulas que arrastraban los carros y éstos fueron á caer en profundos sacaterras, quedando completamente destruidos.

De la caída murieron cinco mujeres y un hombre.

Hay dieciséis heridos.

El suceso ha producido penosísima impresión en toda la comarca. Las familias de los muertos carecen de recursos.

Se piden auxilios al Gobierno para socorrerlos.—El correspondal.

CUENTOS AJENOS LA ARLESIANA

Para dirigirse al pueblo, conforme se baja de mi molino, hay que pasar por delante de una masada construida cerca de la carretera, en el fondo de un extenso patio plantado de guindos. Es la verdadera casa del cortijero provenzal; la casa de tejas encarnadas, de extensa fachada con huecos de puertas y ventanas irregularmente abiertas, con su veleta encima del granero, la polea para subir á los trojes las cargas de grano, y algunos montones de heno...

¡Por qué había llamado mi atención aquella casa? ¡Por qué me oprimía el corazón aquel portal cerrado? No hubiese podido yo explicarlo, y, con todo, aquel lugar me daba frío. Reinaba en sus alrededores demasiado silencio. Cuando se pasaba cerca no ladraban los perros; las gallinas de Guinea huían silenciosas. ¡Dentro, ni una voz! Nada; ni el cascabel de una mula. De no haber visto el humo que se elevaba del techo, hubiera creído deshabitada la casa.

Ayer, cerca de medio día, regresaba yo del pueblo, y para librarme del sol, caminaba á lo largo de la fachada, bajo la sombra de los árboles.

En el camino, delante de la masada, algunos criados silenciosos acababan de cargar una carreta de heno... El portón había quedado abierto. Al pasar dirigí una mirada al interior, y vi, allá en el fondo del patio, puesto de colos sobre una ancha mesa de piedra y con la cabeza entre las manos, á un viejo de elevada estatura, completamente cano, con un traje demasiado corto y los pantalones completamente destruidos. Detivéme un momento. Uno de aquellos hombres me dijo en voz baja:

—¡Chist! es el amo... Así está desde que ocurrió la desgracia de su hijo. En este momento una mujer y un ni-

ño, vestidos de negro, pasaron muy cerca de mí, cen sendos devocionarios dorados en las manos, y entraron en la quinta.

El hombre continuó diciendo: —El ama y el chiquitín que vuelven de misa. Desde que el hijo se mató, van todos los días... ¡Ah, señor! ¡Qué desdichado! El padre lleva todavía el traje de luto; no han podido hacerse quitar desde entonces... ¡Eh! ¡eh! ¡peidada de esa caballera!

La carreta se movió para emprender la marcha. Yo, que deseaba saber algo más, solicité del carretero permiso para subir á su lado; allí, en la carretera, entre el heno, me enteré de tan conmovedora historia.

Se llamaba Juan. Era un hermoso campesino de veinte años; vergonzoso como una doncella, fuerte y de rostro franco y abierto. Como era buen mozo, mirábasele codiciosas todas las mujeres; pero él solamente pensaba en una—una arlesiana que había visto cierto día en el paseo de Arlés, cubierta de terciopelo y encajes.—En la granja no se recibían con agrado aquellas relaciones. La muchacha tenía fama de coquetuela, y sus padres no eran del país. Pero Juan quería á su arlesiana á toda costa, y decía: —Si no me la dan, me muero.

Fué necesario resignarse. Se resolvió, pues, que después de la recolección los casarían.

Pero aconteció que en la tarde de un domingo, la familia acababa de comer en el patio de la masada.

Era aquella casi una comida de boda. La novia no se hallaba presente; pero todos habían brindado por ella varias veces... Un hombre se presentó á la puerta, y con voz algo temblona preguntó por el Sr. Esteve, y dijo que deseaba hablar con él á solas. Esteve se levantó, y salió á la carretera.

—Señor mío (le dijo aquel hombre), va usted á casar á su hijo con una bribona que ha sido querida mía por espacio de dos años. Puedo demostrar lo que digo: vea usted esas cartas. Los padres lo sabían todo, y me habían concedido la mano de su hijo; pero desde que el hijo de usted las galantea, ya no me quiere. Había yo creído, sin embargo, que después de lo que hay entre nosotros, esa muchachita no podía casarse con otro hombre.

—Está bien—dijo el Sr. Esteve, cuando hubo leído las cartas.—Entre usted á beber una copa de vino moscatel.

El hombre contestó: —¡Gracias! Siento más que la sed el dolor.

Y se alejó de allí. El padre tornó á su sitio impasible, y la comida terminó alegremente.

En la noche, el Sr. Esteve y su hijo salieron juntos á pasear por el campo. Mucho tiempo estuvieron fuera de casa: cuando regresaron, la madre los esperaba.

—Mujer—le dijo el cortijero, acercándole á su hijo—abrázale; es muy desgraciado.

Juan no volvió á decir nada de la arlesiana. Sin embargo, seguía queriéndola, y aún la quería más que antes la había querido, desde que la juzgaba en brazos de otro. Pero era demasiado orgulloso para decir nada: esto fué lo que le mató; ¡pobre chico! Algunas veces permanecía días enteros en un rincón sin moverse. Otros días, poníase al trabajo con rabia, y él solo hacía la faena de diez jornaleros... Al anochecer emprendía el camino de Arlés, y seguía adelante hasta que veía dibujarse en el Poniente los esbeltos campanarios de la ciudad. Entonces volvía paso atrás. Nunca fué más adelante.

Viéndolo así, triste siempre y siempre solitario, la familia no sabía qué determinación adoptar, y temía una desgracia.

En cierta ocasión su madre, mirándole con ojos llenos de lágrimas, le dijo en la mesa:

—Mira, Juan; si, á pesar de todo, la quieres, te la daremos.

El padre, encendido de vergüenza, bajó la cabeza. Juan hizo una señal negativa, y salió.

Desde aquel día cambió del todo su modo de vivir; fingió estar alegre siempre para tranquilizar á sus padres. Se le volvió á ver en los bailes, en la taberna, en las diversiones. En la romería de Favielle, él fué quien dirigió á los cómicos.

El padre decía: —Ya está curado.

La madre abrigaba todavía sus recelos, y vigilaba más que nunca á su hijo. Juan y el chiquitín dormían en el mismo cuarto; la madre hizo que le pusieran una cama cerca del cuarto de los hijos.

Llegó el día de San Eloy, patrón de la granja.

Hubo en la morada alegría y jolgorio sin límites. Se comió bien, y todos bebieron vino como si fuese agua. Después hubo cohetes, fuegos artificiales, farolillos de colores en los árboles. ¡Viva San Eloy! ¡Se bailó hasta reventar!... El chiquitín se quedó sin blusa nueva. Juan parecía contentísimo; quiso hacer bailar á su madre; la pobre mujer lloraba de puro gozo.

A la media noche todos fueron á retirarse. No había quien no tuviese necesidad de descansar. Juan, sin embargo, no durmió. ¡Ah! ¡El pobre estaba bien cogido, puede usted creerme!

Al amanecer del día siguiente, la madre oyó que alguien atravesaba su cuarto muy precipitadamente. Tuvo como un presajamiento.

—¿Juan, eres tú?

Juan no respondió, y ya está en la escudera.

Sube al granero, y ella sube detrás.

—¡Hijo mío, hijo mío! ¡Por Dios! Juan echa el cerrojo.

—Juan, Juanito mío, respóndeme. ¿Qué vas á hacer?

A tientas, con sus manos temblorosas, la pobre mujer busca el picaporte... Abríose una ventana; el ruido siniestro de un cuerpo que cae, suena sobre las losas del patio; nada más...

Juan se había dicho:—«La quiero mucho... Me voy.» ¡Ah, qué pobre es nuestro corazón! ¡Muy triste es que el desprecio no pueda matar el amor!

Aquella mañana, los vecinos del pueblo se preguntaban quién podría gritar así, allá, en la carretera, entre el heno, me enteré de tan conmovedora historia.

ALFONSO DAUDET.

Pinceladas y brochazos

A la pregunta que se nos había hecho por algunos artistas extranjeros respecto de la elección de sus jurados, se nos contesta diciéndonos que, con arreglo á lo dispuesto por el reglamento de Exposiciones, cada nación expositora debe elegir un Jurado: el número de estos expórese al nacional, entran los suplentes á formar parte con voz y voto.

Conste, pues, que los jurados extranjeros deben votar elector por los opositores ó por los comités de recepción y esparjo.

Hállanse en la estación unas ochenta cajas conteniendo obras pictóricas de artistas bávaros, y están en camino varias otras con esculturas y pinturas procedentes de Francia, Austria y Portugal.

Ayer quedó colocada en el timpano del frontón de la nueva Biblioteca, la figura de la Paz, que es la central.

Nuestro amigo el eminente escultor Benlliure, nos ha manifestado á última hora, que había decorado, en vista de algunas consideraciones dignas de ser tenidas en cuenta, aceptar el puesto de jurado de la sección de escultura para que había sido elegido.

Benlliure, llegado de Granada en la mañana de ayer, salió en el expreso de los ocho de la noche con dirección á Bayona, en vista de un telegrama que le dirigió su familia, pues, según parece, se había agravado ligeramente la esposa del ilustre escultor, en la enfermedad que hace algún tiempo viene aquejándole.

Desearnos vivamente que nuestro amigo halla restablecida á su señora.

Hasta mañana no se reunirá el Jurado de calificación de la Exposición de Bellas Artes, para dar comienzo á su cometido.

La Exposición de León

(Por telégrafo)

León 28 (3-10 t.).

He recorrido ligeramente la Exposición regional leonesa.

El conjunto resulta agradable. Llaman la atención los productos é instalaciones de la fábrica de Romero de Benavides; los modelos, herramientas, máquinas y demás artículos de los talleres de Cifuentes, de Gijón, y de Alberto Baurri, de León.

Son objeto de la caridad pública las colecciones de bordados y labores de los colegios de señoritas.

En la Exposición hay muchos objetos de mérito y valor, que son propios de estos certámenes.

Er cambio en la sección de agricultura escasean los expositores.